

Enrique Espinoza

## Escritores chilenos contemporáneos

ERNESTO MONTENEGRO



E José Carlos Mariátegui, sentado en su tribuna rodante, se dijo a su hora que había sido el escritor más en pie del Perú. Y lo es todavía. De Ernesto Montenegro, que cojea ligeramente, puede decirse sin mengua de la paradoja, que es el escritor más equilibrado de Chile.

(Válganos este recuerdo americano, casi familiar, para no remontarnos como es de rigor hasta el mismo esposo de Venus, en los tiempos mitológicos; y ni siquiera hasta Lord Byron, que a despecho de semejante contraste, fué el más firme pedestal de los poetas europeos, en los tiempos románticos).

Ernesto Montenegro surge a la vida literaria de Valparaíso en la primera década de este siglo, haciendo versos dentro de los cánones del modernismo, inaugurado precisamente en dicho puerto tres lustros antes por Rubén Darío con la publicación de «Azul».

En una recopilación panorámica de Armando Donoso, titulada «Los Nuevos» (Barcelona, 1910) pueden leerse muchos de aquellos primeros versos del joven poeta, recién llegado de su nativa ciudad de San Felipe, en el hermoso valle de Aconcagua.



Pero ya a la publicación de aquel libro, una prosa ágil y bien trabada, caracteriza de modo definitivo al escritor y periodista Ernesto Montenegro, cuyo nombre empieza a descollar en la prensa de su país, traspasando más tarde los límites locales para adquirir significación continental.

\* \* \*

Ahora bien, un ágil prosista, por poco poeta que haya sido, conserva siempre un resto de su primitiva devoción por los versos. Es el caso de Horacio Quiroga en la Argentina, y el de Ernesto Montenegro en Chile. Quiroga, después de haber dejado de hacerlos, escribe el artículo más comprensivo acerca de «Los crepúsculos del jardín»; Montenegro, que no llega a coleccionar los suyos, reúne, sin embargo, los de su compañero Carlos Pezoa Véliz, poniéndoles un prólogo todavía memorable. Este trabajo, que figura al frente de la primera edición de «Alma Chilena» (Valparaíso, 1912), es sin duda el ensayo más importante de cuantos se escribieron sobre el malogrado poeta de «Pancho y Tomás».

Desde un punto de vista que resulta actualísimo, Montenegro enfoca allí el sentido de lo popular en la poesía de Pezoa Véliz. Y tras de ubicar la vida del autor dentro de la sociedad chilena del novecientos señala, con verdadera perspicacia crítica, la inmensa posibilidad de su obra, apenas salvada en mínima parte de la indiferencia de una oligarquía rapaz.

Como simples muestras del pensamiento de Montenegro, vamos a transcribir a continuación algunos párrafos truncos de su estudio, que cuenta ya un cuarto de siglo:

«Es como un gran poeta popular como nosotros apreciamos al autor de estos versos, sin dejar de reconocer por eso todo lo que había en él de incoherente e incompleto.

«La raza iba a salir de su mudez centenaria para cantar, con voz inconfundible, el nacimiento de su conciencia artística.

«Pero el instrumento no estaba lo suficientemente templado, y la violencia del soplo divino que obraba en él, pronto lo rompió. Y el pueblo, ignorante de que era una vez más deshechado, aguardará quien sabe cuánto tiempo al hermano que venga a decir... su alma entera».

Por no haberse recogido en volumen ninguno de sus otros trabajos de aquella época, resulta hoy casi imposible seguir, paso a paso, la eclosión del talento de Montenegro antes de su salida para Nueva York, en 1915. Es preciso llegar hasta sus crónicas de la vida norteamericana, que forman su libro «Puritania», editado por Nascimento en Santiago algunos años después de su regreso, para poder enjuiciarlo de cuerpo presente... Y aunque en la memoria de muchos lectores cultos de uno y otro lado de los Andes perdura el recuerdo de sus numerosos ensayos periodísticos, realmente notables, este libro basta para cimentar firmemente el nombre de Ernesto Montenegro como escritor extraordinario. Lástima que por su parte el periodista no editase asimismo una selección de sus mejores artículos sobre literatura norte y sudamericana. Quizá se deba a que algunos de ellos fueron escritos originariamente en inglés como el referente a la obra de Horacio Quiroga, que tradujo a nuestro idioma Eduardo Mallea para un número especial de «Babel». Sin embargo, de este artículo que el mismo Montenegro rehizo en la muerte de Quiroga, a fin de incluirlo en el justo homenaje de la revista «SECH», queremos destacar un par de frases que confirman lo que ya insinuamos acerca de su perspicacia crítica. Dice Montenegro:

«Las historias de Quiroga tienen mucho de ese atractivo natural que uno encuentra en los relatos de mineros, marinos y vagabundos. Algunas páginas de sus cuentos, con su vívido colorido, nos recuerdan las pieles de animales salvajes que se ven estaqueadas en la vivienda de un cazador, y que todavía aguardan la imagen del cuerpo caliente y sanguíneo de que fueron arrancadas».



No cabe quizá en menos palabras un símil más exacto de la fuerte narrativa quiroguiana. Y es que Montenegro antepone siempre a la crítica propiamente dicha el ensayo creador o poético, fijando así a un tiempo su propia experiencia de los autores, libros y países que más atraen su espíritu insatisfecho. En este sentido «Puritania» es, desde el principio al fin, una prueba concluyente. El escritor, el poeta y el crítico alternan en forma amena a lo largo de sus trescientas páginas, bajo el signo fundamental del equilibrio que señalamos de entrada. Desde luego, más que los relatos imaginarios de la primera parte—no obstante el capricho intencionado de un reportaje póstumo a Eça de Queiroz sobre la Doctrina Monroe, de tan vigorosa vigencia—la honda preocupación del autor por las raíces de la cultura latina a que pertenecemos por el idioma, se manifiesta en las crónicas reales de la segunda parte, titulada «Lejanías de antaño» por sugestión del célebre *Far Away and Long Ago* de Guillermo Enrique Hudson.

Basta leer los capítulos que llevan por nombre «En la huella hispánica» y «Nuestros hermanos judíos» para darse cuenta de ello. Pero aun en la tercera parte—la más periodística—se encuentra el eco de tal búsqueda en las siguientes palabras que copiamos de su meditación final sobre «Europa y América»:

«Mientras que la literatura o el arte europeo se acusa con líneas precisas inconfundibles, las producciones de América revelan el conflicto interno, las formas híbridas de su entremezclada paternidad espiritual. Por lo mismo, nacemos los americanos con la tendencia innata a la imitación y con una facilidad asombrosa para el *pastiche*. Escritores hemos tenido en Chile, por ejemplo, que escribían a la manera de Zola, de Pareda o de Gorki, con suficiente agudeza mental para engañar a los entendidos. Pero, ¿quién hubiera podido señalar entre tan opuestos modelos cuál era el sentido propio, natural del glosador?».

Claro que para encontrar aquel sentido propio y natural, que tantas veces han rastreado con nostalgia en las fronteras de la América del Norte, Montenegro debe volver al folklore de su tierra nativa. Así, pues, antes que las crónicas y fantasías de «Puritania» este puritano a su modo, nos ofrece la primicia de una docena de cuentos populares chilenos bajo el título común de su evocación inicial: «Mi tío Ventura».

Las historias milenarias que el pueblo campesino repite con sabrosas variaciones en cada país, desde oriente a occidente, son narradas por Montenegro en forma chilénísima, según la versión escuchada en su infancia al inolvidable personaje familiar evocado en los primeros pliegos del libro, que lleva justamente su nombre.

«Mi tío Ventura», simpática estampa criolla del siglo XIX, pudo haber sido una verdadera novela de costumbres, si Montenegro en lugar de ofrecernos la mayor parte de sus cuentos separadamente los hubiera incorporado al texto de su propia evocación, que es sin duda lo mejor del libro. Porque si bien se mira, más que las «cosas de Pedro Urdemales», verbi gratia, interesa saber hasta qué punto y cómo las hace suyas el tío Ventura; cuándo habla por ellas la tierra o el hombre; y cuándo se trata sólo de una cuestión de idioma.

Montenegro sin limitarse a lo último y sobrepasando la realidad del pegujal circundante, abandona, sin embargo, demasiado pronto a su personaje más representativo. Poco seguro todavía de sus propias fuerzas tiene la honradez de confesarnos generalizando en el prólogo de la primera edición (Letras, Santiago, 1932).

«Si es que no hemos de alcanzar sino en el curso de varias generaciones el pleno equilibrio del pensamiento creador, espiguemos entretanto aquí y allá los haces de la tradición autóctona».

Pero el éxito inesperado de los «Cuentos de mi tío Ventura» entre grandes y chicos, especialmente, la repercusión na-



\* \* \*

Ernesto Montenegro recalca, finalmente, en Buenos Aires, donde se defiende como siempre a punta de pluma. Los centros universitarios de la Argentina, tan generosos con cualquier mediocridad europea que llega precedida de una calculada propaganda, apenas se enteran de la presencia de este hombre reservado y silencioso, a quien su propio gobierno democrático no sabe aprovechar. Pero Montenegro, que ha vivido exclusivamente de sus artículos durante quince años en Nueva York, entra pronto a colaborar en «La Prensa» y sabe como arreglarse con poco.

A nuestro regreso de Santiago, pasamos juntos unas semanas en el mismo hotel de la calle Juncal. Luego, cuando nos instalamos en un departamento de la calle Rodríguez Peña, Montenegro viene a visitarnos todos los sábados por la tarde, concediéndose una especie de weec-end amistoso tras de su fecunda semana de trabajo periodístico. Llega por lo general temprano con dos o tres libros y periódicos americanos; algunos discos clásicos y una botella de vino de su tierra... Y mientras la joven dueña de casa—su compatriota—prepara las onces a la manera chilena, cambiamos ideas acerca de las últimas novedades mundiales o sobre la marcha de nuestros propios trabajos y proyectos. Unas veces recordamos, melancólicos, a nuestras grandes amistades idas, toda la «Guardia vieja» que Montenegro no alcanzó a conocer personalmente; otras, más resignados, escuchamos en compañía de Luis Franco, Ezequiel Martínez Estrada y Lázaro de Liacho el *Consumatum est* de Bach hasta el atardecer...

Esto cuando no se adelanta nuestro amigo el Dr. Cohan, médico y automovilista, además de filósofo de la naturaleza, a sacarnos a gozar del sol otoñal a orillas de la maravillosa laguna de Chascomus. En tal caso, doña Catita, dejando todo



para más tarde, nos acompaña con su Kodak y fija nuestras imágenes en su máquina, a pesar del viento. Así obtiene un nuevo testimonio de nuestra vieja amistad y de su creciente admiración por el hombre íntegro y el artista sin dobleces que más de una vez descubrimos en su paisano Ernesto Montenegro a los nuestros.